

José Badal Nicolás

Arruinado panorama educativo

Los males de la educación en España se deben a la intromisión partidista e ideológica y a la difusión de ideas pedagógicas inapropiadas

Desde el punto de vista de quien la ejerce, la buena educación es una labor vocacional encomiable que persigue la correcta instrucción de niños y jóvenes mediante la acción docente; desde el punto de vista de quien la recibe, es un proceso continuo de aprendizaje por el que paulatinamente se adquiere una sólida formación en urbanidad y civismo, a la vez que un valioso bagaje de ideas y pericia en un determinado ámbito del conocimiento. La buena educación es un bien supremo que unos imparten con altruismo y otros reciben en su propio beneficio. Es el fundamento que guía las acciones de una persona a lo largo de toda su vida y rige la convivencia del ser humano en sociedad. Es la riqueza inmaterial que facilita la toma de acertadas opciones y que ayuda a un mejor periplo vital.

Habremos de convenir en que la educación es un valor irrenunciable que toda sociedad madura debe inculcar en el ánimo de sus miembros, con el fin de habilitarles para los retos y avatares a los que como adultos tendrán que enfrentarse antes o después arrojando el riesgo que comporta cualquier decisión, que es el perenne tributo que la criatura humana paga por serlo. Acep-



LEONARTE

tando (con los matices que se quiera) estas premisas, repasemos algunas causas del progresivo deterioro del panorama educativo español.

La educación es la materia sobre la que más se ha legislado en España; pero jamás hemos disfrutado de una ley de educación consensuada entre los grandes

grupos de cabildeo que se reparten poltronas y sinecuras en nuestro país. Una terrible maldición alentada por hueros personajes sin escrúpulos, más interesados en su provecho a corto plazo que en el bien común que a menudo cacarean. Es más: unas veces por aviesas intenciones inspiradas en una miope

ideología y abuso de poder, y otras por la cobarde renuncia a diseñar un eficaz sistema educativo y a emprender serios y exigentes planes de estudios, hasta la fecha solo nos hemos regido por normas y disposiciones de una parte de la sociedad auto-proclamada progresista, más obcecada en dismantelar el asentado andamiaje heredado y eliminar cualquier atisbo de saludable competencia que en velar por una provechosa educación de los ciudadanos que pastorea. Lástima, la educación nunca debería ser objeto de leyes de partido.

Por supuesto, las razones de este deplorable estado de cosas son más y más variadas. Por ejemplo: la imperdonable negligencia de dejar la enseñanza primaria y la secundaria en manos de iluminados pedagogos que guiados por su adanismo propugnan el mantra cateto de 'aprender a aprender', que priorizan la docencia y el aprendizaje como si fuese un bonito e inocente juego del que han hurtado el valor de la memoria, que sobrevaloran el trabajo de grupo en detrimento del esfuerzo y el mérito personales, que han eliminado las notas o calificaciones del historial del alumno y permiten pasar de curso con asignaturas suspensas y finalmente obtener un título aun sin haber aprobado todas las materias curriculares, que han suprimido las reválidas. Y ni siquiera así consiguen maquillar el bajo nivel de habilidades y destrezas de nuestros jóvenes y de paso rebajar arteramente la escandalosa tasa de abandono escolar, a sabiendas de que pronto ingresarán en la legión de los ninis por su casi nula aptitud y mala actitud.

Hay otras causas de nuestro desastre en educación, como la desidia de algunos docentes que han desistido de sus cometidos por incapacidad, pereza intelectual o falta de estímulo; también la poca estima que la sociedad les otorga, empezando por su raquítico estipendio. Soy firme partidario de la exigencia, pero también de la justa recompensa, y esto, por desgracia, ni siquiera está en el baúl de los recuerdos.

Tampoco debemos olvidar las vacuidades al uso, como la 'filosofía de la equidad' (Isabel Cellaá), la transversalidad, la perspectiva de género y otros nuevos postulados pedagógicos enmascarados en vana verborrea o en el lenguaje de los necios al que tan frecuentemente recurren los políticos sin fuste. Añadan al cóctel la nefasta cesión de competencias en materia educativa a las autonomías y así podrán hacerse una idea de los perniciosos resultados a los que las nuevas generaciones se han visto abocadas. Todavía hay quien se obstina en que son las más preparadas de la historia, pese a sus numerosas faltas de ortografía, reducido léxico, deficiente sintaxis y lamentable vacío intelectual.

¿Culpables? Ellos, los políticos mentecatos, egoístas y faltos de talento, por su torcido y constante empeño en destruir lo que funcionaba bastante bien hace medio siglo en aras de una instrucción presuntamente idónea; y todos nosotros, por consentir como rebaño tamaño despropósito. Aquí sí vale decir: tenemos lo que nos merecemos, lo que hemos permitido, por abdicar de un buen sistema educativo. Estamos fomentando la ignorancia.

José Badal Nicolás es catedrático de Física de la Tierra

Joaquín Palacín Eltoro

El reto 'democrático'

Todo es propaganda menos la realidad», así describe el periodista Ramón Lobo un síntoma del problema. Cuando los nuevos tiempos no acaban de llegar y el pasado está todavía sin cerrar, se abre paso, por esa falla abierta, lo que hasta la fecha creíamos caduco pero que ahora son renovados pensamientos contra-democráticos.

Estamos viviendo una etapa donde la degradación política ha erosionado cimientos que, hasta ahora, creíamos muy sólidos porque estaban fundados en valores tan democráticos como la justicia social, la igualdad de las personas y la libertad individual. No habíamos soportado en los tiempos más recientes, ni en número ni por su capacidad de calado en todos los estratos de la sociedad, un precedente tal de aluvión constante de ideas tan negacionistas, de actuaciones en contra

de todos estos principios esenciales.

Sea para rebatir los derechos humanos más elementales como para negar la necesidad de actuar ante el cambio climático o para cuestionar el valor del rigor científico, aparecen, inevitablemente, en todos los debates, los argumentos involucionistas que, hasta la fecha, no gozaban de ningún reconocimiento y contaban con escasísimo apoyo social.

Este escenario aleja inexorablemente del debate político a quienes pueden colaborar con nuevas propuestas, dejando el territorio de la razón asolado por el desierto del menosprecio, del ataque sistemático, plagando las discusiones de argumentos infundados, abandonando el espacio de las ideas para acudir, directamente, a la crítica de lo más personal.

Hay incluso quienes, en nombre de su derecho a libertad, ma-

nosean la palabra, la retuercen hasta el límite, para imponer solo su criterio, sin interiorizar el impacto que sus acciones puedan tener sobre otras personas.

El retraimiento de estos valores básicos está teniendo un coste creciente. Si se hace de modo inconsciente es muestra de esta degradación política aludida, pero también existe la posibilidad, más que preocupante, de que toda esa toma de decisiones sea incluso voluntaria, preparada. Toda una estrategia para desplazarnos a un modelo social futuro, donde nuestras posibilidades reales de libertad se van a ver mermadas en favor de intereses minoritarios, pero más poderosos.

¿Cómo la revertimos?, ¿qué debemos hacer para lograrlo? Los pensadores contemporáneos han mostrado la necesidad de una honesta, rigurosa y adecuada praxis política como mecanismo de de-

fensa de los valores de la democracia. Lo que se está dilucidando, en estos momentos, es tan importante que nadie puede automarginarse. Se hace necesaria una regeneración, usando el concepto costista (en este 175 aniversario de su nacimiento), que debe empezar por cada persona, por cada sociedad, por cada gobierno y país.

Es necesario ir recuperando, como recomienda el historiador Judt, la confianza ciudadana en la democracia. Es imprescindible lograr que las personas se reconozcan en los gobiernos elegidos, se les preste atención, sean escuchados, se sientan partícipes de las decisiones adoptadas para resolver mejor los problemas.

Debemos abogar, por tanto, en el valor de la honradez intelectual en los vínculos de la política con la ciudadanía. Ir avanzando hacia el ideal de una 'congruencia blindada' entre el pensamiento político ofrecido y la acción posterior desde las decisiones adoptadas por los gobiernos.

Otra clave es trazar una nueva forma de entender la participación, donde se dé también aper-

tura a las razones que contradicen nuestra opinión, con transparencia e información constante. Todo ello en un marco de colaboración entre las distintas administraciones públicas porque todas deben compartir el mismo fin: mejorar la vida de las personas.

El debate debe ser capaz de aportar iniciativas frente a la simplificación tan latente y tan alejada de lo fundado en el conocimiento. Debemos huir tanto de la soberbia de las tentaciones elitistas en política, al modo y manera de un nuevo despotismo ilustrado, como también de la tentación de caer en los irresolubles laberintos del populismo, lamentablemente tan pujante ahora.

La regeneración democrática deber ser una prioridad en la agenda política porque sin ella será inviable cualquier decisión para abordar la necesaria transición digital, la energética y la ambiental o avanzar en la necesaria reducción de las desigualdades sociales y territoriales.

Joaquín Palacín Eltoro es presidente de Chunta Aragonesista (CHA)